

Le traspasó el costado y salió sangre y agua

Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús

Viernes de Junio. Ciclo B
Os 11,1.3.4-8-9; Is 12, 2-6; Ef 3,8-19; Jn 19,31-37

En aquel tiempo los judíos, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día solemne, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados con la lanza le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua.

El que lo vio da testimonio y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: «No le quebrarán un hueso»; y en otro lugar la Escritura dice: «Mirarán al que atravesaron».

Fiesta del SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Se celebra esta fiesta el viernes de la tercera semana después de Pentecostés.

Una persona con corazón es alguien sensible, amable y próximo; es entrañable y comprensiva, profunda y entregada. El corazón simboliza, en muchas culturas, el interior emotivo del hombre, el centro de la unidad y complejidad de sus facultades, el estrato de lo espiritual y lo material, lo afectivo y lo racional, lo instintivo y lo intelectual; no se guía por el sentimentalismo, sino por la coherencia, el equilibrio y la madurez, lo que le hace ser objetivo y cordial, lúcido y apasionado, instintivo y racional; nunca es frío, siempre cordial y realista.

Tener corazón equivale a tener personalidad, a ser bondadoso, consciente e íntegro. Jesucristo tiene corazón porque toda su vida es un logro rico en sabiduría y santidad. Su corazón es humano, de carne (Ez 11,19) y su vida un río de amor, signo del saber amar.

En fin, su corazón es oblación profunda al hombre, en su entrega como Siervo Sufriente, que se hace víctima por obediencia a los designios del Padre. En su corazón, está la fuente del Espíritu que brota dulce misericordia y agua viva y fecunda, que salta hasta la vida eterna (Jn 7,37; 19,34).

La primera lectura, perteneciente al Profeta Oseas, expone, en unos versos bellísimos, la declaración de amor de Yahvé a Israel: "Se me revuelve el corazón, se me convuelven las entrañas. No cederé al ardor de mi cólera".

Es un texto que, en su intensa sencillez y delicado dramatismo interno, pone de manifiesto de modo tan acusado y emotivo los sentimientos paternales de Dios, que lo constituye una perla literaria única, no ya del libro de Oseas, sino de todo el Antiguo Testamento.

El profeta hace una de las más hermosas y profundas síntesis del amor de Dios, que destaca aún más por la ingratitud de Israel: «Cuando Israel era niño, lo amé». Pero cuanto más lo llamaba, más se alejaba y ofrecía sacrificios a los baales...; el amor es la causa del nacimiento de Israel, la clave de la elección; todo el amor tierno, pero educador de Dios se resume en la imagen del padre que levanta a su hijo hasta sus mejillas y le da de comer; estas imágenes describen la realidad vital del compromiso de Dios con el hombre; pero Israel ha despreciado el don del amor, ha pecado y pecar es, para Oseas, obligar a Dios, el más amoroso de

los padres, a castigar. Sin embargo, el castigo no será la última palabra del Señor; en su corazón sobresale el perdón amoroso: "No desencadenaré todo el furor de mi ira, no destruiré del todo a Efraín, que soy Dios y no hombre, el Santo en medio de ti". En su corazón no cabe la venganza; la apelación sorprendente a su santidad, a su radical distinción de todo y de todos es la más fuerte garantía de un amor sin límites.

Toda la predicación de Oseas se halla en esta afirmación, que pasará a otros profetas: «¿Puede la mujer olvidarse del fruto de su vientre, no compadecerse del fruto de sus entrañas? Pues aunque ella se olvidara yo no te olvidaría» (Is 49,15). La proclamación de Oseas sobre el amor de Dios que sale al encuentro del hombre en la doble relación de matrimonio y filiación, de un Dios que ama simplemente porque es Dios, constituye uno de los capítulos más ricos de la teología veterotestamentaria. Es una anticipación de aquella doctrina joánica que considera el amor como la esencia y realidad de Dios. Sólo quien tiene experiencia de amor puede tener experiencia de este Dios que es el primero en amar. Es el Creador que ama. Dios es amor, amor a la criatura, amor al hombre, pero, jamás es del todo asequible, sino que siempre precede al hombre; el amor abre siempre un futuro nuevo; es camino hacia Dios y camino hacia la propia realización.

Oseas describe el desconcertante misterio del amor de Dios. El profeta encuentra, en su propia experiencia de padre, unas imágenes inolvidables sobre la paternidad y maternidad de Dios. Se le "revuelven las entrañas" al tener que castigar. Es Dios y no hombre; es santo y no enemigo al acecho; quiere corregir al pueblo, no aniquilarlo; Dios castiga y corrige para salvar. Es la misma doctrina que trasmite el término profético el "Resto", la testimoniada por Jesucristo en la Cruz por amor. «Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para salvarlo» (Jn 3,17).

La segunda lectura, tomada de la carta del Apóstol San Pablo a los Efesios (3,8-12.14-19), asegura que se le ha concedido anunciar "la riqueza insosnable que es Cristo e iluminar la realización del ministerio, escondido desde el principio de los siglos en Dios, Creador de todo... Así, le pido que os conceda por medio de su Espíritu robustecer la fe en vuestros corazones, comprendiendo lo que trasciende toda filosofía: el amor cristiano".

Los cristianos son depositarios del misterio "escondido desde los siglos, en Dios" (Ef 3,9): Jesucristo es el Salvador de la humanidad, y su intervención en este mundo es el acontecimiento decisivo de la Historia Humana; la única realidad propia del cristianismo tiene un nombre: Jesucristo.

Desde toda la eternidad, Dios tuvo el designio de crear por amor y de llamar a los hombres a la filiación adoptiva en unión con el Verbo Encarnado, a fin de que, por don del Espíritu Santo, se edifique la Familia del Padre. Este designio tiene lugar en la creación y se manifestará en Jesús de Nazaret. La Historia de la humanidad no se puede comprender sin la acción del Espíritu Santo, que es el que reúne a los hombres y da unidad en el amor, porque El es el don mutuo del Padre y del Hijo. Desde el principio, la llamada divina a la filiación adoptiva está grabada en el corazón de la libertad humana.

El misterio oculto desde todos los siglos ha sido, por fin, revelado; la historia de la salvación comienza en Cristo Nuestro Señor. Esta revelación no es una doctrina, sino la salvación que se ha hecho efectiva. Es el reencuentro del hombre con Dios, que se ha realizado al fin. La iniciativa gratuita del Padre encuentra en Jesús una respuesta perfecta y la historia de la salvación se manifiesta como una empresa convergente de Dios y el hombre; su obediencia de criatura hasta morir en la Cruz es una obediencia filial: la del Unigénito del Padre. En Cristo, la adopción filial se ofrece a todos los hombres, cuya aspiración más íntima ha sido colmada así por encima de toda medida.

La resurrección de Cristo marca el final del primer acto de la historia de la salvación. El Cuerpo Resucitado de Cristo es ya para siempre el "Sacramento" primordial del diálogo de amor entre Dios y la humanidad. Los miembros del

Cuerpo de Cristo, que han tenido acceso a la revelación del misterio, se ven empujados por el dinamismo irresistible de su fe a anunciar a sus hermanos la Buena Nueva de la salvación, que de una vez para siempre nos ganó Jesucristo, y "son la incomparable riqueza de Cristo". Cristo es verdaderamente la Luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo; por tanto, anunciar a Cristo a todos es descubrir su misterio a los hombres; es hacer posible que la acción del Espíritu en el mundo pagano, fructifique en Iglesia.

El santo Evangelio según San Juan trata hoy sobre la lanzada que le da Longinos a Jesús directa al corazón, del que «manó sangre y agua» (19,34).

En el texto, se comprueba la enorme importancia que San Juan concede a la lanzada; en la amplia simbología del evangelista, toda la economía sacramental de la Iglesia ha brotado de Cristo en el momento de su muerte en la cruz, en especial, señala los sacramentos del bautismo y de la Eucaristía. El desarrollo de la sacramentalidad va unido a la historia de la salvación; en ellos sobresale la proclamación de la Palabra de Dios, que labra el corazón y el espíritu de los creyentes, para que se conviertan en compañeros de Cristo; y, a la vez, los prepara para el descubrimiento de las incomparables riquezas de Cristo.

A Jesús, nadie puede quitarle la vida, la ha dado por propia iniciativa (10,17s; 19,30). Al afirmar que no le quebraron las piernas, prepara Juan la cita del Éxodo 12,46 sobre el cordero pascual (19,36); con su muerte, ha abierto el camino hacia el Padre. Como el vinagre, la lanza representaba el odio (19,29s); la acción del soldado era innecesaria, pero la hostilidad sigue. Los soldados se habían burlado de Jesús. La expresión de odio permite la del amor que produce vida; al odio, respondió Jesús con su muerte aceptada por amor.

El reclinar la cabeza es fruto de la entrega del Espíritu, y la herida de la lanza, la efusión de la sangre y el agua; el hecho es de una importancia excepcional, cabe esperar, por tanto, una gran riqueza de significado. La sangre que sale del costado de Jesús figura su muerte, que él acepta para salvar a la humanidad (cf. 18,11); es la expresión de su gloria, de su amor hasta el extremo (1,14; 13,1), del pastor que se entrega por las ovejas (10,11), del amigo que da la vida por sus amigos (15,13); esta prueba suprema de amor, que no se detiene ante la muerte, es la gran manifestación de su gloria.

De su costado fluye el amor, que es al mismo tiempo e inseparablemente suyo y del Padre. El agua que brota representa, a su vez, el Espíritu, principio de vida que todos recibirán, cuando manifieste su gloria, según la invitación que hizo Jesús el gran día de la fiesta (7,37-39). Se anunciaba allí el cumplimiento de la profecía de Ezequiel. En aquella escena, Jesús, puesto de pie, postura que anunciaba la de la cruz, invitaba a acercarse a él el último día para beber el agua que había de brotar de su entraña. Es Jesús en la cruz el nuevo templo de donde brotan los ríos del Espíritu (7,38; cf. Ez 47,1.12), el agua, que se convertirá en el hombre en un manantial de agua viva que salta hasta la vida eterna (4,14). Se cumple así lo anunciado en el prólogo (1,16): de su plenitud todos nosotros hemos recibido, el amor, el agua-Espíritu, que responde a su amor, la sangre-muerte aceptada. La sangre simboliza, pues, su amor demostrado; el agua, su amor comunicado. Aparece aquí ahora la señal permanente, el Hombre levantado en alto, cuyo tipo había sido la serpiente levantada por Moisés en el desierto, para que todo el que le muestre su adhesión tenga vida definitiva (3,14s). De él salta el agua del Espíritu (3,5), para que el hombre nazca de nuevo y de arriba (3,3) y comience la vida propia de la creación terminada, siendo «espíritu» (3,6; cf. 7,39), amor y lealtad (1,17).

Se ha sacrificado el Cordero de la Nueva Pascua, el que libera al hombre de la opresión, quitando así el pecado del mundo (1,29; 8,21.23). Según los textos de Zacarías a que se alude (19,37), la fuente de agua que aquí se abre, la del Espíritu, será la que purifique del pecado (1,33); purificación que se prometió en Caná, combinando los símbolos de agua y vino (2,7). Ha llegado la hora en que Jesús da

el vino de su amor, la del amor leal (1,17) que manifiesta en la cruz, expresa en su mandamiento (13,34: Igual que yo os he amado, también vosotros amaos unos a otros, cf. 15,12) e infunde con el Espíritu, que identifica con él.

Es decisivo, el comprender que Dios se manifiesta solamente en el amor generoso capaz de dar vida; es el factor de cambio en la historia. Tal amor es la única posibilidad de redención del hombre, sólo él puede llevárselo a la plenitud y construir la sociedad nueva. El proyecto divino ha quedado terminado en Jesús (19,28-30); ahora se prepara su terminación en los hombres. El Espíritu que brota será el que transforme al hombre dándole la capacidad de amar y hacerse hijo de Dios (1,12). Con estos hombres nuevos, se formará la comunidad mesiánica.

Camilo Valverde Mudarra